

Salvar una vida.

Diríase que el mismísimo demonio hubiera pasado por allí el día anterior, a juzgar por el estado de aquellos campos, vapuleados con crueldad por un arrebato injustificado de la madre naturaleza, que desató sus elementos sobre la comarca del Guadalhorce para perjuicio de las huertas y campos que quedaron arruinados por el nivel de las aguas.

Alcanzó la crecida límites inimaginables, y al buscar el cauce su camino natural, se llevó por delante todo lo que se encontró a su paso: desde vehículos, animales, vallas, postes,... hasta fuentes, que quedaron sepultadas ante la superlativa avalancha de lodo que venía implícita en la riada.

Casi dos meses tardé en asimilar la magnitud de la tragedia, y en echarme de nuevo a los caminos para pasear por el trayecto que separan las localidades de Álora y Pizarra. Y aun así, los efectos de la desgraciada tormenta parecían del día anterior. Tanto es así que por algunos lugares por los que discurría el sendero, me fue imposible el paso. En algunos casos, dicho lugar se encontraba aún anegado por las aguas, en otros el barro o los corrimientos de tierra habían hecho desaparecer el camino, y en los casos más extremos, los desperdicios de valla, troncos arrancados, broza formada por cañas, limoneros y naranjos, formaban una barrera que imposibilitaba el avance de cualquier manera.

Eso evitó que pudiera continuar por el itinerario paralelo al río, y tuve que alternar por el camino que acompaña a la línea ferroviaria que une dichas localidades, el cual discurre de misma manera paralela, pero con una separación de cien metros. La elevación de cinco o seis metros del enchinado que sustenta el soporte de la catenaria del tren y sus vías, salvó a los vecinos de la otra parte del ferrocarril de la debacle, debido a que lo anterior ejerció de dique, e impidió el paso de las aguas y que por tanto, la desgracia fuese aún mayor.

Me encanta caminar. Casi todos los días camino a buen ritmo unos diez o doce kilómetros. Y dicho trayecto lo repito una y otra vez. Me encanta. Sobre todo en primavera. Y me encanta cuando voy por el carril, cómo pasan los trenes junto a mí.

Normalmente paseo de una a otra localidad a pie, y regreso en el tren. Y aparte de ser un sano ejercicio físico, se torna en una benéfica práctica mental y espiritual, que te hace ser feliz a pesar de todos los avatares que se desprenden de tu vida laboral y a veces personal.

Pero mi regreso a mis paseos fue diferente tras las inundaciones. Y aunque caminaba con alegría por el carril anexo a las vías, notaba en mis sentidos un cambio. Una mezcla de olores y de sensaciones me sacudían de cuando en cuando, pues en esas sensaciones podía adivinar dolor y tristeza.

Aún persistía el olor propio a tierra mojada de una llovida tan copiosa como aquella; asimismo, venía a ramalazos el hedor de las aguas que una vez que el nivel se alivió, se propagó para hacernos conocedores del aroma de la podredumbre. A la anterior se le unía la de los cuerpos de las inocentes bestias, cuya muerte les sorprendió de manera cruel. Indefensas sucumbieron y tras ser arrastradas, quedaron abandonadas a su suerte, y comenzaron a desintegrarse..

Por otro lado, los olores agradables luchaban por abrirse paso y según tal o cual racha de aire, se percibía la protesta de la flora primaveral, que manifestaba su derecho de ejercer su odorífero cometido ante tanto desastre. El verdor de la hierba fresca se percibía, al igual que las primeras flores y demás vegetación, las cuales, tras haberse hartado la tierra de agua, habían crecido en estos dos meses y anunciaban su presencia, contrastando con el aroma a desolación antes descrito.

Así discurrió mi paseo. Fue terrible. La fuerza del agua fue tal que dejó en algunas huertas a los naranjos boca abajo. Aún conservo la perplejidad de contemplar por primera vez cómo el agua ha sido capaz de arrancar un naranjo de cuajo, darle la vuelta y dejarlo con las raíces hacia arriba. Es una visión horrible el de las hileras de árboles invertidos, inservibles, asesinados..., que dominaban la parte del paisaje más próxima a la ribera.

Más horrible fue aún mi paso por la antigua casa de peones camineros. Siempre que aproximó por allí mis pasos, en las cercanías de la vieja edificación adyacente a las vías, tomo posesión de dos o tres guijarros contundentes para intimidar a dos canes sueltos que siempre me aguardan en dicho lugar, para amedrentarme y hacerme desistir de mi paso por las vías a esa altura. Por mi parte, les comunico a los chuchos mi intención de seguir adelante lanzándoles dos o tres salvas de guijarros, cuyo significado les es bastante claro. El jaleo que generan es audible en todo el valle.

Por ello, cuando pasé por allí entre un absoluto y sepulcral silencio, supe que los canes habían sucumbido. El hecho de encontrarme con los restos de uno de ellos me dio la razón, y me hizo de una vez conocer la dimensión de la barbarie, pues comprendí, que aparte de los ladridos de los canes, se contaban como ausentes el resto de sonidos animales que normalmente me servían de compañía: el cantar matutino de los gallos, los relinchos de las diferentes bestias amarradas en las proximidades del cauce, e incluso el simpático gruñir de algunos gorrinos...

Pero no se escuchaba nada. Posiblemente todos ellos se habían ahogado.

¡Qué desastre...!

El agua se llevó de todo. Se llevó hasta el puente de lata, que desde el año treinta y tres daba paso a los vecinos de dos barriadas próximas a la estación.

Se llevó por delante todas las comunicaciones.

En la reparación de tales daños se encontraban un grupo de militares que se había destacado en la zona para ayudar a las labores de limpieza y restablecimiento de comunicaciones.

Me llenó gratamente su presencia.

En gran parte, me considero un militar frustrado. Fui sargento de infantería en mis tiempos mozos pero las lides de la vida acabaron echándome de un puntapié a los estudios de nuevo. Pero de todas maneras, siempre que veo un uniforme, no puedo evitar acordarme de aquel intenso y singular episodio acaecido hace veintidós años atrás mientras prestaba servicio castrense en el extranjero. Acababa de estallar la conocida Guerra del Golfo, allá a finales del año noventa, y aún no sé por qué decisión política acabamos formando parte de un contingente internacional formado por fuerzas de la OTAN. En principio no nos lo tomamos muy en serio. Los españoles nos lo tomamos todo a cachondeo, vayamos donde vayamos. Por eso cuando empezaron a silbarnos las balas de verdad, el miedo pasó a ser nuestra segunda madre. Algunos de los pobrecillos que estaban a mi mando no habían escuchado en su vida un zambombazo de cerca, y la primera vez que un impacto de obús o una ráfaga de ametralladora dejaba constancia de su violencia en nuestras proximidades, se quedaban como congelados, con una expresión de miedo, y de pavor al ser consciente de que en uno de estas acciones podría llegar el fin de su existencia.

Tal fue la virulencia que alcanzó el conflicto, que ante tales circunstancias tuvimos que evacuar. Nosotros, que realizábamos labores humanitarias, de control y de policía, no estábamos ni mucho menos cualificados para repeler tan violentas y fogosas acometidas de una milicia tan entrenada y tan llena de odio. Creo tras nosotros vinieron los legionarios y el GOE, pero mientras tanto... ¡Dios mío! ¡Qué infierno!

Yo no paraba de preguntarme cómo había dado con mis huesos en aquel perdido lugar olvidado de la mano de Dios. Para colmo, mi circunstancia era incomprensible, la única razón por la cual me ascendieron a Sargento era porque el maestro de banda por aquel entonces pasó a la reserva, y el único en el acuartelamiento con capacidad y preparación musical para mantener la dirección de la banda, en espera de la llegada de un efectivo que cubriera la vacante de manera definitiva, era yo. Si no lo hacían así, la agrupación musical, una de las más antiguas de la historia militar española desaparecería.

Así de esta manera, me apeé en el escalafón de sargento interino (vaya un mérito), y por un cúmulo de desafortunadas circunstancias finalmente di con mis huesos en un frente. Dos semanas después todos los efectivos del acuartelamiento pasamos a ser guarnición. Han transcurrido unos veinte años y aún me pregunto por la identidad del lumbreras que secundó tan absurda decisión.

Y al igual que las decisiones pedagógicas deben tomarlas los maestros, y las decisiones sobre sanidad deben tomarlas los médicos, las decisiones sobre la guerra han de tomarlas los soldados, y no los políticos. Así nos va.

En mi caso, debido a las malas decisiones, acabamos en aquel emplazamiento. Y el día de la evacuación, sólo quedábamos seis efectivos: aparte de mí, un teniente, un cabo primero y tres soldados nos jactábamos y saboreábamos cada uno de los últimos quince minutos que nos quedaban de permanencia infernal. El teniente Almenara sonreía sabedor de que en poco rato iniciaría el retorno a su hogar, y el cabo Sonseca correspondía con senda muestra de satisfacción, ante la bendita y breve espera. En los minutos sucesivos un helicóptero tomaría tierra para zanjar nuestra infortunada experiencia bélica en aquella plazoleta, por llamarla de alguna manera. Llamarle así solamente atiende al motivo de darle un apelativo al lugar de aterrizaje, pues de plazoleta sólo quedaba una arenosa circunferencia, rodeada de lo que en su día fueron edificios, y hoy ruinas que ni siquiera alcanzan la categoría de escombros. Los amasijos de restos de estructura, mobiliario urbano, cables y alambres de espino le daban al lugar una impresión inhóspita. Parece mentira que en su día fuere uno de los emplazamientos emblemáticos de aquella urbe.

Y entonces, percibimos el rumor del helicóptero salvador.

Buscamos el punto móvil en el horizonte, y mientras el soldado de primera Toledo encendía la bengala y apagaba su cigarro comenzamos a abrazarnos. Lo que pareció el grito de un bebé empezó a mezclarse con el ronco rumor del corazón de la aeronave, la cual alcanzó nuestro puesto en cuestión de segundos.

Como si accionado hubiera sido por un resorte, el oficial quedóse inmóvil con los ojos muy abiertos, perdidos en el infinito, haciendo ademán de agudizar su oído, y su actitud por extensión se transmitió a mis sentidos, que me hicieron adoptar similar actitud que la del teniente. Se cruzaron nuestras miradas y el oficial fue tajante y escueto: -Arjona, he oído llorar a un niño.

Nuestro objetivo inmediato fue filtrar los sonidos para localizar el origen del pueril llanto, en medio de tanto follón, mas el bélico autogiro se dispuso a tomar tierra y una vez que las palas de éste se aproximaron al suelo comenzaron a remover la arena, formando un pequeño aunque atosigante y atronador caos.

No transcurrieron ni cinco segundos desde que la aeronave se posara en tierra hasta que el cabo primero y los tres soldados estuvieron en el seno de ésta, pero en el epicentro del remolino causado por las aspas en movimiento, el teniente deambulaba en busca del origen del llanto, y se alejó del ruido mirando hacia todos los lugares, girando su cabeza como si de un radar se tratase. Yo le seguí, y el cabo, con medio cuerpo, dentro de la aeronave se giró y de un salto y volvió a pisar tierra, para acompañarnos en su búsqueda. Le hice una señal con la mano para que mantuviera su

posición, y transmitió la orden a la tropa, que comenzaba a hacer ademanes de salir. Sujeté al teniente por la espalda para que desistiera de continuar con su alejamiento, pero solo volvió el semblante y tras mirarme comprendí que de todo intento de hacerle desistir en su búsqueda sería nulo. Le respondí con otra mirada, así que asumió que le ayudaría en su cometido, a sabiendas de que tal acción nos podía salir muy cara. El autogiro agotaba sus segundos de espera autorizados, y cuando quedaban pocos para finalizar la extracción comenzó a aumentar la velocidad del rotor preparando el inminente despegue. Así lo dispuso con puntualidad escrupulosa el oficial a los mandos del aparato, que respetando al dedillo el protocolo de evacuación, levantó el metálico pájaro para sorpresa del cabo, que al ver que entre la tierra y el patín de éste sólo distaba una cuarta, saltó como pudo y dispuso su posición de cuerpo a tierra, con el arma montada y apuntando al infinito.

Comprendí el desconcierto del cabo mientras la nave se alejaba y el silencio retornaba al entorno, y supe que la prudencia y la actitud defensiva del muchacho respondía tanto a una reacción provocada por la incertidumbre y la incompreensión de la situación, así como de su manifiesta intención de defendernos. Por nuestra parte, el teniente y yo éramos conocedores de que en aquel emplazamiento reinaba la más absoluta de las soledades, habíamos realizado labores de policía y control durante la semana anterior, y podíamos garantizar que no había presencia alguna en las proximidades del emplazamiento. Por tal motivo el cabo -que aún se encontraba cuerpo a tierra- y yo empezamos a buscar una justificación a las acciones del teniente. La paciencia comenzaba a corroernos por nuestros adentros en forma de hormigueo abdominal cuando se retiró la aeronave y nos quedamos los tres sumidos en la más absoluta soledad que nos convirtió en estatuas. El viento al pasar por los escombros producía un lúgubre ulular que parecía insultarnos.

Entonces lo oí. Lo oí claramente. Percibieron mis oídos el llanto agudo y desgarrado de lo que se presumía un nene de tres o cuatro años. Abandonamos nuestra inmovilidad y con rapidez intentamos localizar al pequeño emisor del llanto.

Lo encontramos envuelto en una maraña de trapos. Resguardado por un pequeño murete que tras desafiar el poderío de la onda expansiva de los impactos de artillería que ya antes de nuestra llegada había estado castigando la plaza, se mantenía medio en tenguerengue, dando abrigo a la criatura de noche, y sombra durante la mañana. Quien lo dejó allí se aseguró de que sobreviviese hasta el día siguiente. Posiblemente alguien se acercó durante la última imaginaria y lo abandonó a la noctámbula soledad, sin aproximarse demasiado, posiblemente presumiendo la férrea guardia montada por la guarnición tras la retreta.

El teniente lo destapó y lo examinó, y tras un rápido y preliminar examen, terminó de apartar las harapientas vestiduras que le habían arropado, y realizó una inspección más detallada de su estado físico.

Volvió la cabeza, me sonrió, y tomó a la criatura contra su pecho. Entonces corrí a buscar el cabo para que solicitara por radio una nueva evacuación.

Jamás olvidaré la cara del cabo Sonseca cuando se percató de que lo que el Teniente Almenara protegía hacia su pecho era una criatura de tres o cuatro años. Habría que ver la mía.... En mi caso, no puedo describir la sensación de aquel entonces.

Cuando la recuerdo, un sentimiento de angustia me invade, pues jamás acerté a dominar esa mezcla de impaciencia, miedo, alivio, incertidumbre, satisfacción... No empecé a sentirme bien hasta que llevábamos quince minutos de vuelo, y supe, por fin, que mi periplo por aquellas lides comenzaba a escribir un punto y final.

* * *

La criatura en cuestión resultó ser una nena graciosísima de tres añitos, que desde un momento nos encandiló a todos. Durante los primeros días el teniente y yo nos hicimos cargo de la pequeña, que podíamos dejar mientras llevábamos a cabo nuestros los servicios de cuartel a cargo de la guardería del acuartelamiento. El nuestro tiempo libre pasábamos muchos momento con ella, en espera de la resolución de su tramitación. Por mi parte, comencé a enseñarle a leer, y a estimularla para que aprendiera sus primeras comunicaciones en nuestro idioma, así como las nociones más básicas como los colores, los números, los meses o los días de la semana. Siempre a base de juego. En principio la vida castrense no es susceptible de comprender tales métodos pedagógicos, pero con el tiempo, y después de tantos años como maestro de escuela he comprendido que dicho proceder es el más adecuado para la enseñanza en niños de tres a cinco años.

Y así fue como la pequeña siguió bajo régimen militar durante unos meses, en los que gracias al acuerdo entre la Comunidad de Madrid y el Ejército de Tierra, éste último pudo agenciarse con la tutela de la pequeña en espera de que los servicios sociales de la Comunidad tuvieran una decisión jurídica que pudieran definir el futuro adoptivo de la menor. Mientras tanto, el teniente y yo asumimos por nuestro deseo y por designio del consejo militar la tutoría de la pequeña. Pasarían unos meses hasta que llegara una sentencia judicial regularizara la situación de nuestra pequeña. Al decir "nuestra", me refiero a los tres hombres que nos encontrábamos en tierra, en el preciso instante de su rescate, y que aparte de sentirnos responsables, habíamos desarrollado con ella un vínculo afectivo de una magnitud inimaginable.

Tanto es así que la dificultad para buscarle un nombre, y para decidir su apadrinamiento, el teniente, el cabo y yo casi tuvimos que recurrir a un improvisado festival de collejas para intentar imponer nuestro criterio, mas finalmente primó el sentido común y ambas decisiones resultaron de la siguiente manera: acordamos que la niña en lugar de tener un padrino y una madrina, tendría tres padrinos, y en lo referente al nombre, resolvimos llamarla María Inmaculada. María era el único

apelativo que no recusábamos ninguno de los tres, y por otro lado no recuerdo cuál de los tres sugirió el nombre de Inmaculada, por ser la patrona de infantería: el cuerpo que la había arrebatado del mismísimo infierno.

Y siguió la vida. Y el día a día transcurrió.

Y la niña comenzó a ir al colegio, y nosotros seguimos con nuestros quehaceres militares. El cabo se licenció, yo lo hice dos meses después, y el teniente, siguió con su brillante carrera en el ejército. La sentencia llegó, y permitió la tutela al teniente y a su esposa (parece que el ejército tenía buenos contactos) que pasaron a ser sus padres. Yo por mi parte volvía a los libros tras sentir la llamada vocacional del magisterio.

Recordaré siempre aquellos meses de mi vida con cariño, con ternura, con nostalgia, a pesar de que me tocó también vivir situaciones límite. El hecho de haber sentido hambre y frío... de haber pasado horas preso del aburrimiento.... de haberme sentido en la más absoluta de las soledades... no es más que unos pilares más en los que sustentan mi manera de ser.

...Pero también he conocido los buenos sentimientos del teniente, que tantas y tantas veces puso su vida en juego por nosotros, por aquella niña,...

Puedo decir que allí conocí los dos extremos de la condición humana: he vivido con la maldad, con el egoísmo, y con la mentira paseando a mi alrededor, pero también he conocido la bondad de las personas, y he sabido hasta dónde son capaces de llegar para ejercer su sincera humanidad. He conocido la pueril inocencia y aquella infantil nobleza de aquella niña, a la que la vida le dio una nueva oportunidad utilizándonos a nosotros como herramientas.

Nadie que me conoce -excepto sus coprotagonistas- sabe de esta historia. En cierta ocasión comencé a contarla, y al hacer referencia al hecho de haber estado en un frente, alguien hizo un comentario con un tono de chanza que me hizo desistir de su relato. En la segunda ocasión en que quise darla a conocer me ocurrió algo similar, así que este pasaje de mi vida pasó a ser algo secreto. De lo cual me alegro, pues es un tesoro que guardo. Y que cada día que pasa me alegro más pues, en mi interior soy sabedor de que ese gesto que tuvimos es de tanto valor que, egoístamente, a estas alturas no quiero compartir con nadie.

Ni mi mujer, ni mi hija, ni mis padres, ni mis hermanos, ni mis mejores amigos..., saben que aquello ocurrió. Y de cuando en cuando se me viene a la memoria, y me da esperanza; me hace tener fe en que, después de tantos palos recibidos en mi vida profesional y personal, pueda quedar bondad en mi interior.

* * *

Sumido en estos pensamientos transcurría mi paseo por el carril paralelo a las vías dos meses después de la catástrofe. El sol se tornaba naranja, preparando su ocaso, y a pesar de ser invierno la

temperatura era muy agradable. En mi caminar me aproximaba al destacamento de militares que se empeñaba en despejar el carril de entrada a una huerta que aún tras tantas semanas quedaba incomunicada, y por restablecer el cableado que suministraba línea telefónica a la zona.

Me fui aproximando hasta dicha zona cuando de pronto, la vi.

Allí estaba ella. Con sus botas hundidas en el barro, con el uniforme de faena sucio, y con refregones de barro hasta en la cara, se afanaba por sincronizar el esfuerzo de la cuadrilla con la que trabajaba para que el trabajo fuese más efectivo.

Estaba preciosa. Y el hecho de haber llevado durante todo el día un trabajo que implicaba un esfuerzo físico, y de andar desde la mañana moviéndose entre lodazales, no le quitaba ni un ápice de feminidad. De vez en cuando esbozaba una sonrisa, graciosa y atractiva.

Había quedado con ella para vernos para más tarde, pues, lo cierto es que nunca perdimos el contacto. El teniente me iba informando de sus progresos, y en muy contadas ocasiones, en las que pasé por Madrid, llegué a ver a la familia. Sabía de su llegada gracias a la relación que hoy día mantenemos, pues las redes sociales ejercen un rol en la comunicación personal sin precedentes que te permiten saber de los movimientos y sentimientos de terceros casi a tiempo real.

Así que no pude reprimir mi deseo y me eché a pasear con la esperanza de que se produjera nuestro casual encuentro.

Y así fue. Pasaron unos segundos hasta que mi ahijada se percatara de mi presencia, y rompió en una carrera cuando lo hizo, abandonando momentáneamente sus tareas para correr hacia donde yo me encontraba. Una sonrisa como la que portaba la joven no se la regalan a uno todos los días, ni tampoco un abrazo como el que nos dimos.

El final de la historia es que ella, se adaptó a la familia, y aunque académicamente siempre mantuvo unos resultados brillantes, influenciada por el teniente, se decantó por apostar su futuro en el ejército, donde seguro, llegará muy lejos. No le van a faltar ni apoyo ni consejos.

Así terminó mi paseo por el campo. Mirando a los ojos a la que ya no tan niña me agradecía con su preciosa mirada todo lo que habíamos hecho por ella.

Gracias a ello me siento diferente.

Aquel hecho me forjó como persona, no sólo la dureza de la guerra. No sólo el hecho de ver tanta desgracia, tanto dolor, sino también ver el esfuerzo de otras personas que se dejan el corazón para que tanta maldad no azote el mundo.

Podrá parecer un hecho que tampoco deba ser correspondido con un mérito exacerbado, mas en lo más profundo de mi corazón, me siento orgulloso de haber secundado al teniente, y haber contribuido a llevar a cabo una de las labores que más puede llenar a una persona: salvar una vida.

Aquella tarde no la olvidaré, pues al mirar a mi muchacha a los ojos comprendí que aún había un regalo más importante, que no es más que valorar y ser consciente, de que esa oportunidad que la vida le ha dado a esa persona ha sido aprovechada, y de que esa vida que has salvado, se está dedicando a salvar otras. Eso no tiene precio. Lo sé yo, y lo sabe ella. Con eso basta.